





Máscaras femeninas



Fumiko Enchi  
Máscaras femeninas

Traducido del japonés por Keiko Takahashi y Jordi Fibla

Alianza Editorial

Título original: *Onna-men*

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*Copyright © The Heirs of Fumiko Enchi, 1958*

*© de la traducción: Jordi Fibla Feito, 2012*

*© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012*

*Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88*

*www.alianzaeditorial.es*

*ISBN: 978-84-206-0883-9*

*Depósito legal: M. 23.970-2012*

*Composición: Grupo Anaya*

*Printed in Spain*

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## *Índice*

11	Ryoo no onna
85	Masugami
149	Fukai



## NOTA DE LOS TRADUCTORES

En esta novela Fumiko Enchi utiliza tres máscaras de teatro *Noh* que, junto con las alusiones a la literatura del periodo Heian, dan al relato lleno de furia y venganza femeninas una peculiar atmósfera atemporal en la que la tradición clásica y la modernidad se fusionan gracias a ese arte dramático que se mantiene vivo desde hace siglos. Las primorosas máscaras de madera pintada diferencian los matices más sutiles del sentimiento humano.

El teatro *Noh* se ha definido como «un poema dramático que trata de acontecimientos remotos o sobrenaturales, representados por un actor danzante, a menudo enmascarado, que acompañado por personajes secundarios y un coro canta y declama el poema». Las tres máscaras utilizadas en estas páginas son:

*Ryoo no onna*: la mujer espíritu o fantasma. Una mujer demacrada que ha perdido su belleza por los padecimientos experimentados en el infierno budista debido a sus apasionados apegos.

*Masugami*: la joven desquiciada. La palabra significa «cabello enmarañado», una expresión que en la poesía clásica japonesa se refiere a la mente trastornada.

*Fukai*: una mujer de edad mediana, melancólica, desgarrada por la separación de un ser querido.



## CAPÍTULO I

### *Ryoo no onna*

En una cafetería situada en la segunda planta de la estación de Kyoto, Tsuneo Ibuki y Toyoki Mikame estaban sentados a una mesa, uno frente al otro. Entre ambos, sobre la superficie de falsa madera, había un florero con un solo crisantemo blanco y un cenicero rebosante de colillas, lo cual indicaba que su conversación se prolongaba desde hacía bastante rato. Los dos llevaban varios días en la región de Kansai y se habían encontrado casualmente cuando Mikame entró en la cafetería.

—¡Hombre!

—¡Vaya!

Así se habían saludado aquellos dos hombres que se conocían desde que ambos estudiaban en la universidad, y entonces Mikame se había dejado caer en la silla, ante el solitario Ibuki, que tomaba una taza de café.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Ibuki en un tono afectuoso, al tiempo que guiñaba los ojos debido a un peculiar tic nervioso.

Tenía los pómulos muy salientes y las mejillas hundidas. Sus facciones no carecían de refinamiento gracias a la nariz prominente y estrecha, y sus dedos eran largos y elegantes. Aquel tono afectuoso y el cigarrillo sujeto entre dos esbeltos dedos hicieron que Mikame experimentara una opresión agradable, como si estuviera frente a una mujer cruel y hermosa.

—He asistido a un congreso científico en Osaka... Llegué el día dos. ¿Y tú?

—Llevo aquí una semana, dando unas conferencias en la Universidad S. Ayer terminé... Me alojo aquí, en el hotel de la estación.

—No me digas. Nos hemos encontrado en un lugar oportuno. Tengo billete para el tren nocturno. Me he detenido en Kyoto para echar un vistazo y ya no sabía qué hacer.

—Qué estupenda coincidencia —dijo Ibuki—. Estoy esperando a una persona. Vendrá a las dos. Es alguien a quien conoces.

—¿Quién?

—Mieko Toganoo.

—Vaya, ¿Toganoo-san ha venido a Kyoto?

—Así es. Cerca del templo Kooetsu han instalado un monumento conmemorativo con un poema de Junryo Kawabe, y ella se encargará de descubrirlo durante la ceremonia inaugural.

—Ah, ¿así que Toganoo-san es discípula de Junryo Kawabe?

—Claro. Pertenece a la escuela poética *Seiryuu*... —Ibuki desvió la mirada y desprendió lentamente la ceniza de su cigarrillo—. Ha venido en compañía de Yasuko.

Mikame no se inmutó.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde se alojan?

Yasuko era la viuda de Akio, el hijo de Mieko Toganoo. Apenas llevaban un año casados cuando Akio murió a causa de una avalancha de nieve en el monte Fuji. Después de que la muerte los separase, Yasuko no regresó a su hogar natal, sino que permaneció en el seno de la familia Toganoo, ayudando a su suegra a editar la revista de poesía *tanka* de la que era propietaria y asistir como oyente a las clases de literatura japonesa que Ibuki impartía en la universidad, donde era profesor adjunto. También estaba realizando un estudio sobre los espíritus en el periodo Heian que era la continuación de las investigaciones que Akio había dejado interrumpidas. Ibuki no era el único en suponer que llevaba a cabo esa tarea motivada por el afecto hacia su difunto marido.

Ibuki ya llevaba dos o tres años en la facultad cuando Akio ingresó, y le había conocido bastante bien, pues ambos eran especialistas en literatura del periodo Heian. Sin embargo, su relación con Yasuko y Mieko no se estrechó hasta después del fallecimiento de Akio, cuando le pidieron que asesorase a Yasuko en su investigación. Mikame también estudiaba el fenómeno de la posesión por espíritus, aunque su enfoque era bastante distinto. Era doctor en psicología y al mismo tiempo etnógrafo diletante. Había estudiado la posesión

demoníaca en muchos lugares de Europa, desde los tiempos bíblicos hasta la Edad Media, y publicado varios trabajos sobre las creencias populares japonesas: la creencia existente a lo largo de la costa del Mar de Japón en el espíritu del zorro que posee a los seres humanos, como lo hace el espíritu del perro en la isla de Shikoku y el espíritu de la serpiente en la de Kyushu. Últimamente Mikame también se había interesado por los espíritus que pueblan la literatura del periodo Heian, es decir, esos espíritus de seres humanos tanto muertos como vivos que penetran en otro y lo poseen, y por medio de Ibuki había trabado conocimiento de Mieko y Yasuko. Junto con otras personas de similares intereses, habían formado un grupo que un día al mes o cada dos meses se reunía en casa de Toganoo y celebraban una tertulia.

Era natural que Yasuko fuese la figura central del grupo, pero detrás de ella se hallaba siempre Mieko Toganoo, cuya presencia aportaba a las reuniones una atmósfera de refinamiento y elegancia propia de tiempos pasados. Yasuko se mostraba siempre encantadora, deslumbraba tanto por su inteligencia como por su belleza, pero Ibuki veía claramente que su vitalidad dependía por completo del porte sereno de Mieko, que permanecía sentada en silencio.

Sea como fuere, Mikame parecía encantado al saber que Yasuko y Mieko también se encontraban en Kyoto.

—Se alojan en el hotel Tsubaki de la calle Fuya —dijo Ibuki—. Esta tarde Mieko visitará al experto en teatro Noh Yorihiro Yakushiji, que va a mostrarle sus máscaras y trajes antiguos, y ella me ha invitado a acompañarla.

—¿Desde cuándo lo conoce Toganoo-san?

—Parece ser que la hija de Yakushiji es una de sus discípulas. Han abierto el almacén para el oreo otoñal. He oído decir que algunos de los trajes se remontan a la era Keichoo<sup>1</sup>. ¿No quieres venir?

—La verdad es que no tengo un interés especial por las máscaras y los trajes del teatro Noh, pero... me gustaría ver a las Toganoo. Había pensado visitar a un amigo que tengo aquí, en la Facultad de Medicina, pero iré contigo... bueno, si crees que a ellas no va a incomodarles mi presencia.

—No te preocupes. Quédate y esperemos a Yasuko. Todavía tardará más de media hora.

—Eres el mismo de siempre. ¿Para qué has venido aquí tan temprano?

En lugar de responder a esta pregunta, Ibuki le dijo:

—La última vez que nos vimos fue en aquella sesión de espiritismo, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad. No nos hemos visto desde entonces. Fue hacia mediados del mes pasado, ¿no es cierto?

—El diecisiete. Yasuko dijo que era el mismo día que Akio murió en la montaña. Por eso lo recuerdo con precisión.

—Fue una curiosa experiencia, ¿eh? Si había un truco de magia, era imposible verlo.

—Vaya si lo fue, Saeki-san rugía de satisfacción.

Saeki era profesor de ciencia aplicada y además un firme creyente en el Sutra del Loto. Estaba convencido de que

---

<sup>1</sup> Era que se extiende entre 1596 y 1615. [*N. de los T.*]

pronto la ciencia y la religión por fin se reconciliarían, era un entusiasta del espiritismo y el mes anterior había organizado una sesión en su despacho. Mieko Togano no había asistido, pero Yasuko, Ibuki y Mikame estuvieron presentes.

La médium era una mujer de unos treinta años, vestida con un traje negro de tejido sintético. Decían de ella que se había criado en Manchuria, y era robusta y huesuda, con aspecto de campesina. Su expresión carecía por completo de las sombras que tiene la de una vidente. Hablaba con lentitud, como si tuviera la lengua corta. El espiritista, un hombre enjuto, de labios delgados, hizo que la mujer se sentara en una silla a su lado, en el centro de la estancia, ante la veintena de personas reunidas, e inició una explicación sobre cómo se comunicaba el mundo de los vivos con el de los espíritus. Les dijo que los espíritus que se desligan de la materia flotan sin cesar a través de la atmósfera, caminan al lado de los vivos y comparten el espacio a su alrededor, aunque sus cuerpos sean invisibles y sus voces inaudibles. En el remoto pasado, la capacidad de oír a los espíritus y hablar con ellos había estado muy extendida, pero gradualmente, a medida que avanzaba la civilización industrial, esa capacidad se había ido haciendo más escasa. La mujer que iba a actuar como médium era una de las pocas elegidas que aún poseían el don de comunicarse con los muertos.

El espiritista dijo: «A fin de convencerles de que lo que están ustedes a punto de presenciar es auténtico, voy a atar a la médium a esta silla ante sus ojos. Observen con atención para ver lo que sucede alrededor de ella en la oscuridad». Sus ojos

detrás de las gafas no parpadearon ni una sola vez mientras mostraba el nudo en el cordón que ataba las manos de la médium y entonces colocaba una gran red metálica en torno a ella. Cuando se apagaron las luces de la sala, un megáfono, lápices, cuadernos y otros objetos que habían sido recubiertos de pintura fluorescente brillaron en la oscuridad con un resplandor blanco. De un fonógrafo a bajo volumen surgieron las notas de *El Danubio azul*. Ibuki y Mikame, que se sentaban a los lados de Yasuko, miraban fijamente a la médium atada. Ibuki no podía concentrarse, inquieto por la proximidad del esbelto cuello y el brazo suavemente redondeado de Yasuko, que, con el hombro un poco inclinado, casi le tocaba. Sin duda la joven escudriñaba la oscuridad, poniendo toda su atención para ver lo que iba a ocurrir. Ibuki sabía que, si no fuera por la oscuridad, ella estaría tomando notas para Mieko, y como no podía hacerlo, debía de estar tensa por el esfuerzo por recordarlo todo con precisión. Una y otra vez sentía el impulso de rodearla con su brazo y atraer suavemente hacia él su pequeña cabeza. Era como si las trabas habituales a su deseo físico hubieran empezado a desaparecer, como si se diluyeran en el ambiente de misterio de la sesión espiritista.

Entonces se oyó en la oscuridad un sonido como el de unos nudillos que golpearan la superficie de una mesa.

—¡Ah! —exclamó el espiritista—. Son los golpes, han empezado los golpes.

Un momento después una línea blanca, demasiado tenue para que pareciera un rayo de luz, trazó un breve y pálido arco en la negrura. Al mismo tiempo, el megáfono

que estaba sobre la mesa echó a volar como si alguien lo hubiera lanzado al aire.

La médium parecía haberse puesto a temblar, pues se oía el ligero tableteo de las patas de la silla contra el suelo. Cada vez que sonaban los golpes, la línea blanca aparecía de nuevo y cuadernos y lápices se deslizaban de la mesa como si los empujara un fuerte viento. La médium empezó a emitir unos sonidos incoherentes, como gemidos u oraciones musitadas.

El espiritista detuvo el disco y se levantó.

—Ha entrado en contacto con el espíritu. Iniciemos el interrogatorio... hola, hola, ¿quién es usted?

Como si alguien hubiera accionado un interruptor, la médium habló con una profunda voz masculina.

—*Je suis descendu de la montagne, je m'en vais à la montagne.*

—¿Cómo? —dijo el espiritista—. ¿Qué lengua es ésa?

—Es francés —repuso uno de los presentes—. Significa «he bajado de la montaña, voy a la montaña».

—¡Oigan esto! Sin duda es el espíritu de un francés. Tal vez un alpinista.

—He bajado de la montaña... Voy a la montaña...

Yasuko repitió las palabras en una voz sin asomo de pavor que parecía un suspiro, y entonces extendió la mano en busca de la de Ibuki y le tocó la rodilla. Como para asegurarse de que no se le escapara, él cogió la pequeña mano de Yasuko entre las suyas, sin pensar en lo extraño que era el gesto de la joven, absorto como estaba en la seca voz masculina que emitía la boca de la médium.

En la oscuridad, un estudiante experto en francés se puso a hablar con la médium, y entonces reveló que el espíritu era el de un alpinista que murió al caer en una grieta del Matterhorn.

—¿Puede decirnos dónde se encuentra?

—No —respondió la médium—. Es un sitio poco iluminado, seco y polvoriento.

—¿Cuándo falleció?

—En 1912.

—¿Sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

—Lo ignoro. Camino por un lugar donde hay hielo, nieve y poca luz... Podría estar a cinco mil metros o más por encima del nivel del mar...

—¿Tenía esposa e hijos?

—Esposa sí... A los hijos no los recuerdo.

—¿No los tenía?

—Creo que no.

—Hace un momento hemos oído unos golpes y entonces unos cuadernos han caído al suelo y el megáfono ha salido volando. ¿Ha sido usted quien ha causado el movimiento de esos objetos?

—Yo no los he movido... pero estaban en mi camino y se han apartado por sí solos...

—¿Cómo se llama?

—Jean Matois.

—¿Qué edad tenía cuando murió?

—¡Deje de fastidiarme! Lo he olvidado...

La médium había pronunciado estas últimas palabras en un tono de irritación.